

EL HAMBRE: GRAVE Y GENERALIZADO SINTOMA DEL SUBDESARROLLO

Gloria GONZÁLEZ SALAZAR*

En la Conferencia Mundial de la Alimentación celebrada en Roma en noviembre próximo pasado y en actos inmediatos antecedentes y precedentes a la misma, el problema del hambre en el mundo ha venido a replantearse en torno a los graves fenómenos meteorológicos generalizados que afectaron las cosechas de cereales durante el ciclo 1972-1973 y a otras contingencias concretas de coyuntura en un mundo azotado por interrelacionadas crisis que como la del medio ambiente, la demográfica, la de energéticos, la alimentaria, etcétera, han llevado al sombrío pronóstico de que el final del siglo xx estará todavía más caracterizado que estos años por el hambre, el desempleo y la miseria. Y esto, en un contexto de varias conferencias internacionales en que han sido discutidas las respectivas problemáticas de éstos y otros temas conexos y en el que el neomalthusianismo, defensor y usufructuario de la economía imperialista, ha vuelto a esgrimir sus argumentos favoritos: la supuesta incapacidad de la naturaleza para hacer frente a las exigencias de un intenso crecimiento demográfico y la panacea del control natal.

Desde luego esto no quiere decir que la alarma mundial por la cuestión alimentaria es injustificada. Por primera vez en la historia de la posguerra, la producción agrícola mundial registró un descenso de casi 3% frente al incremento de la demanda lo cual produjo un grave déficit que hizo afirmar a la FAO que la situación alimentaria mundial había quedado expuesta repentinamente a una incertidumbre de proporciones indeseables. Así, según una estimación autorizada, mientras que en 1961 los graneros del mundo tenían una reserva para garantizar 95 días de consumo mundial, esta hubo de descender al presente a una sólo suficiente para cubrir 26 días. En esta forma, aunque las cosechas de 1973-1974 fueron excelentes y ayudaron por lo pronto a sortear la crisis, puesto que las de 1974-1975 se están viendo también afectadas por catástrofes naturales y

* Investigadora titular del IEC.

se ha agudizado la elevación de los precios de los cereales, de la maquinaria agrícola, de los fertilizantes y de otros insumos, se ha llegado a estimar que podrían morir entre 50 y 100 millones de personas antes de que pudiera arribarse a acciones de alguna efectividad, sin olvidar que se calcula que en la actual fase cada semana mueren de inanición 10 000 personas en varios continentes.¹ Como ha sido señalado, "La historia recuerda escaseces más graves en países concretos, pero es dudosa que una situación alimentaria crítica haya sido alguna vez tan universal".² Al presente, dada la reducción de las reservas de alimentos y la manera en que se está sorteando la crisis mientras el consumo sigue aumentando paralelamente con el crecimiento de la población y el ingreso, "... el mundo depende de la producción de cada año para contar con los alimentos básicos, cosa que no había ocurrido —en tan alto grado al menos— desde la Segunda Guerra Mundial".³

El hambre es sin duda y con mucho la expresión más grave de la problemática de nuestro tiempo, pues como es sabido, el consumo adecuado de alimentos constituye la necesidad humana más destacada y claramente definida y con mayores proyecciones en el desenvolvimiento individual y social. Tanto más dramática y vergonzosa si se considera su permanencia en la fase de la segunda revolución industrial, de la revolución verde y de la conquista del espacio.

Sin embargo, y sin considerar antecedentes más lejanos, la comprensión de las dimensiones sociales reales de un problema tan profundamente incrustado en el proceso histórico contemporáneo se ve con frecuencia obstaculizada por su manejo ideológico, por su puro tratamiento en torno a contingencias concretas climáticas o de coyuntura o por ambos, pero sin la debida consideración de dos hechos básicos aparentemente simples: a) que vivimos en sociedades cuya tendencia estructural principal orienta la producción no al consumo social, sino a la búsqueda de mayores ganancias privadas dentro de

¹ Confr. "Crisis alimentaria: un cuadro aterrador", *Comercio Exterior*, México, volumen xxiv, N° 10, octubre de 1974, pp. 1 060-1 062, y "El contexto de la crisis alimentaria" en la misma revista, volumen xxiv, N° 11, noviembre de 1974, pp. 1 106-1 107.

² "Evaluación preliminar de la situación alimentaria mundial hecha en preparación de la Conferencia Mundial de la Alimentación", *Centro de Información Económica y Social*, Naciones Unidas, OPI/ CESI NOTE FOOD/7, p. 5.

³ ADEKE H. BOERMA, "Alimentación segura para el mundo: cuestión de voluntad política", *Perspectivas Económicas*, revista trimestral sobre la economía mundial, Washington, N° 8, p. 22.

un mecanismo que pretende hacer coincidir los intereses de los productores y de los consumidores lo cual, que siempre ha sido por demás problemático, se vuelve cada vez más difícil en la fase monopólica; y b) que el sistema capitalista internacional ha generado como dos polos antagónicos y complementarios, dada la lógica de su funcionamiento, desarrollo de un lado y subdesarrollo del otro.

Dentro de sus propias fronteras los ricos países capitalistas industriales han podido asegurar, todavía hasta ahora, la abundancia y aun la opulencia a vastos sectores de su población, pero no han podido evitar arrojar a la miseria e incluso al hambre a amplios grupos de sus propios habitantes y a regiones internas enteras. Con todo, y sin olvidar que parte de esa abundancia proviene de las exacciones a los países atrasados, cuantitativa y cualitativamente la desigualdad extrema y su máxima expresión: el hambre, se ubica en el subdesarrollo producido y mantenido en sus cambiantes modalidades por las relaciones estructurales de dependencia que han subordinado el desenvolvimiento de los países afectados a los intereses de las metrópolis.

Hace veinte años Josué de Castro, en el prefacio de la tercera edición de su libro *Geopolítica del Hambre*, obra clásica sobre la materia, expresaba lo siguiente:

La verdad es que, con todas las modificaciones que tuvieron lugar en la economía alimentaria del mundo en los últimos años, la situación general no se diferencia mucho de la que expusimos en la 1a. edición de nuestro trabajo: dos tercios de la humanidad continúan pasando hambre y las víctimas de esa hambre endémica siguen concentrándose, predominantemente, en las regiones subdesarrolladas del mundo... La fisionomía del mundo del hombre en 1954, no es menos sombría que la de 1951.⁴

Esto ocurría cuando la población del orbe oscilaba en torno a los 2 500 millones de habitantes y cuando, de otro lado, los datos de la FAO por esos años revelaban que la producción alimentaria venía superando de manera sensible la tasa mundial de crecimiento demográfico, sin que por ello mejorasen en forma sustancial las condiciones de vida de las zonas de la miseria y del hambre, incluso en aque-

⁴ JOSUÉ DE CASTRO, *Geopolítica del hambre*, 4ª edición, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970, pp. 28-29.

llos ciclos en que la producción mundial de alimentos aumentó en tal forma que el volumen de los excedentes se consideró como un problema para los países desarrollados que los generaron.⁵

Recientemente, según algunos cálculos basados en las estadísticas de la FAO correspondientes a la última década, vuelve a sostenerse que cerca de dos tercios de la población de la tierra, en su grueso perteneciente al mundo subdesarrollado, tiene una alimentación insuficiente o deficiente.⁶ Por otra parte, aunque según estimaciones de las Naciones Unidas la población subalimentada o mal alimentada se reduce a aproximadamente la mitad del total mundial, cabe considerar que el monto de ésta es ahora de más de 3 600 millones de habitantes, de manera que como quiera que sea, el volumen de los hambrientos ha aumentado en números absolutos.⁷

De este modo, lo mismo con una población menor y en situaciones de equilibrio mundial entre el incremento demográfico y el de la producción de alimentos que en situaciones en que incluso la producción agrícola ha aumentado con gran celeridad superando notoriamente el crecimiento de la población y acumulando fuertes excedentes, la insatisfacción de dicha necesidad humana básica se mantiene como una constante, al igual que su ubicación preponderante en los países subdesarrollados, si bien su actual reaparición oficial en los foros internacionales y en la información masiva viene obviamente acompañada de nuevos aspectos.

Al respecto, hay que considerar hechos como los siguientes. Los países de bajos ingresos ocupan más de la mitad de la superficie sólida de la tierra y a ellos corresponden las dos terceras partes de la población mundial y sin embargo sólo aportan el 7% de la producción industrial del planeta y el 35% de la producción agrícola. "Eso revela una división del trabajo altamente ineficaz, que deforma las estructuras comerciales y da lugar a fuertes presiones inflacionarias. Una importante causa subyacente es la desigual distribución de los medios de producción".⁸ En estos países, cuatro de cada diez niños probablemente crecerán con anomalías físicas o mentales de-

⁵ *Op. cit.* pp. 29-31.

⁶ Confr. GIOVANNI DUCHINI, "El hambre en el mundo", *Mundo Económico*, Roall, 1974, *El Gallo Ilustrado*, suplemento dominical del periódico *El Día*, México, 15 de septiembre de 1974, p. 8.

⁷ Confr. *Informe sobre la situación social en el mundo, 1970*. Nueva York, Naciones Unidas, 1972, p. 182.

⁸ El Factor Gondwana, *Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo*. United Nations, Nueva York (Boletín sin fecha), p. 7.

bido a la desnutrición y sólo tres de cada 100 recibirán una educación adecuada. En el plano individual, aun antes de la repentina subida de los precios de los alimentos, alrededor de mil millones de personas tenían que gastar en su alimentación el 80% de sus ínfimos ingresos y por lo menos 500 millones de ellas padecían *un grado considerable* de desnutrición, además de que, correlativamente, cuando menos una tercera parte de todos los adultos de los países subdesarrollados viven en desempleo o subempleo. Ante los actuales incrementos de los precios, la gran mayoría de estas personas tendrán que reducir su ya inadecuada dieta en contra de su salud y capacidad productiva, lo cual significa, por otro lado, que los países atrasados tendrán que emplear divisas extranjeras adicionales para importar alimentos en detrimento de los esfuerzos para el desenvolvimiento económico, reforzándose así el círculo de vicio de miseria, baja productividad y altos precios a escala mundial.⁹

En el problema alimentario visto conjuntamente y dicho sea en forma por demás simple, concurren, asimismo, factores como los siguientes: 1) La producción agrícola que se realiza en el mundo es principalmente aleatoria sujeta a variaciones climáticas y también, cuestión en que hay que enfatizar, se halla sujeta a las decisiones de los hombres que se determinan, sobre todo, por consideraciones de mercado; a lo cual se suman en ciertas épocas, como ha sucedido en la presente, fenómenos meteorológicos adversos generalizados que llegan a afectar vastas áreas del planeta; 2) En los tiempos actuales los procesos de acumulación de capital y estímulo para la actividad productiva tienden a orientarse básicamente hacia la industrialización y quizá crecientemente a las actividades terciarias en detrimento de la producción agropecuaria, lo que explica el bajo porcentaje que ocupa la explotación del campo en la producción mundial y en los niveles locales de muchos países; 3) El intenso proceso de urbanización y sus implicaciones en la estructura de la actividad económica y del consumo; 4) La tendencia de los procesos locales e internacionales de negociación que no permite que gruesos estratos de productores agrícolas obtengan beneficios reales proporcionales de la explotación agrícola cuyos excedentes se filtran, en buena parte, hacia otros sectores, en un marco en que, sin embargo, disminuye la producción y se incrementan los precios; 5) La limitación o el fracaso de las diversas medidas de políticas a nivel interno e internacional, respectivamente, por las cuales se intenta mejorar la relación

de este sector con los demás y, en general, elevar las condiciones de vida y de productividad en el campo.

Como quiera que sea, es evidente, que el hambre en sus expresiones extremas, bien sea en su carácter crónico como en su actual agudización, está estrechamente relacionada con las grandes desigualdades en los niveles de vida y en las estructuras socioeconómicas del subdesarrollo. En el problema hay, desde luego, importantes factores técnicos y de productividad que considerara, pero es preciso buscar sus causas más que en éstos en sí mismos y en la influencia de la naturaleza o en las oscilaciones del mercado internacional de víveres, en la esfera económico-social y política en la que encontraremos entre otras cosas el pasado colonial, el neocolonialismo y sus funestas consecuencias subdesarrollantes para los países atrasados.

En realidad, y sin defecto de que actúen en la presente crisis alimentaria éstos y otros factores, el problema fundamental puede encontrarse en la esfera económico-social y política en la que, a grandes líneas, la persistencia del subdesarrollo y con él del acelerado incremento de la población con su secuela de desempleo abierto o disfrazado y necesidades insatisfechas de toda índole e irreductibles desigualdades entre los países e internamente entre sus habitantes, no son sino consecuencia fáctica de una especial organización económica y social. Esto es, los resultados de una civilización, la generada por el capitalismo, que pese a sus glorias en el avance científico y tecnológico, desde hace más de trescientos años se debate en la brutal lucha mercantil por las ganancias particulares a cualquier costo, en una implacable lucha en pos de la riqueza sin contemplaciones de los países pioneros del capitalismo para los derechos o el bienestar de los países atrasados que para ellos representaban las razas «inferiores», y dentro de aquellos y de estos pueblos sin contemplaciones de las clases dominantes para hacer prevalecer sus intereses privados sobre las necesidades de las clases populares y, en general, sin contemplaciones para el desenvolvimiento y bienestar de la sociedad como un todo. En este contexto, cabe tenerlo muy presente, la producción de alimentos es una condición necesaria, pero no una condición suficiente para la satisfacción de la correspondiente necesidad humana para toda la población, como lo demuestran las fases en que el hambre persiste —en gran magnitud en el subdesarrollo pero también en cierto grado en los países ricos,— pese a la existencia de «excedentes» que en lo general son evaluados con base a consideraciones de mercado y no de necesidad social tanto a nivel local como a nivel internacional.

⁹ *Op. cit.* pp. 3 y 7.

Por lo pronto, en los países subdesarrollados las estructuras demográficas, económicas, políticas y sociales y otros rasgos importantes se entremezclan con los problemas del hambre en una compleja dialéctica cuya intrincada madeja hay que desenredar para penetrar en sus verdaderas dimensiones sociales. Los factores del atraso establecen múltiples acciones y reacciones entre sí y crean numerosos círculos viciosos difíciles de romper, pues se refuerzan recíprocamente, y en el marco de la dependencia estructural hacen muy difícil a los países del hambre implantar un efectivo mecanismo autónomo de desarrollo sin una transformación social completa y profunda.

Sin embargo, y aun desde una perspectiva más modesta al nivel de los hechos tomados como dados, no es posible esperar que los países pobres lleven a cabo ciertas reformas de estructura que son indispensables para avanzar en su desenvolvimiento interno sin que también se presione a los países desarrollados para que realicen las modificaciones mínimas necesarias en sus acciones para un desarrollo mundial más rápido y sereno. De la misma manera que en algunos países no puede haber progreso económico sin la superación de viejas y atrasadas estructuras, en el ámbito mundial no puede haber progreso relativamente pacífico y generalizado sin una reorientación funcional de todas las estructuras políticas, económicas y sociales que, cuando menos, refleje la actual correlación de las fuerzas internacionales y tome mínimamente en consideración los intereses de los países atrasados.

Entretanto:

La mayoría de los expertos opinan que el mundo *podría* producir suficiente alimento para proporcionar un sustento razonablemente bueno a una población dos o tres veces mayor que la actual. Sin embargo es obvio que esto requeriría la desviación de grandes cantidades de combustibles energéticos para los fines que están cumpliendo actualmente, numerosas e importantes alteraciones de otra índole, y algunos cambios radicales —pero no malsanos— en los hábitos alimenticios de pueblos del mundo entero.¹⁰

Empero, es de lamentar que en el panorama internacional de estos días cobren tanta actualidad las palabras expresadas hace más de dos décadas por Lord Boyd Orr, Premio Nobel de la Paz 1949:

¹⁰ El Factor Gondwana, *Op. cit.* p. 6.

Los gobiernos están preparados a aunar sus hombres y sus recursos para una guerra mundial, pero los grandes poderes no están preparados para desterrar el hambre y la pobreza del mundo...¹¹

¹¹ Lord Boyd Orr, prefacio a la edición inglesa de *Geopolítica del hambre*, *Op. cit.* p. 13.

* Director del Instituto Nacional de la Nutrición.